

LA CABALLERÍA.

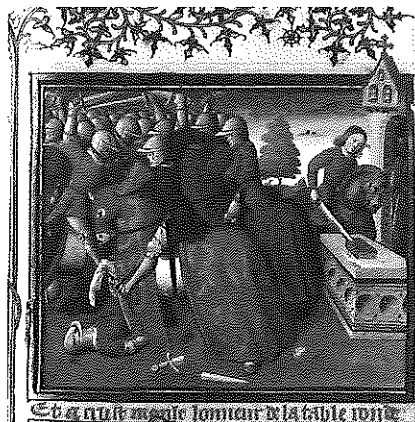
¿UNA BÚSQUEDA CONSTANTE Y TENAZ DE LA LIBERTAD?

Juan Marcos Madoz Larralde

Académico de Número

¿Que hace tan fascinante el mundo de la caballería? El fenómeno de la caballería ha provocado una extraña inquietud en la cultura europea que, aunque con altibajos, se ha prolongado durante más de ochocientos años.

La caballería es una palabra difícil de definir. En la Edad Media se utilizó este término con distintos significados y matices y en contextos muy variados. En los documentos más antiguos, significa únicamente un cuerpo



de caballeros armados, una colectividad de *caballeros*. Unas veces se habla de la caballería como de un *ordo* comparable a una orden religiosa; otras como una clase social: la clase guerrera, cuya función era defender a la patria y a la Iglesia. Encierra, generalmente, la caballería un código de valores y no puede separarse del mundo de la guerra, del guerrero a caballo, ni tampoco de la aristocracia, porque los caballeros, por lo general eran hombres de alto linaje; y

desde mediados del siglo XII este término hace alusión a nociones éticas o religiosas. Para indagar si la caballería supuso una influencia social de importancia entre los siglos XII y XV, necesitamos recurrir a fuentes que nos proporcionen información sobre este vocablo, ya que no es un término que pueda definirse de manera sucinta e inequívoca en una entrada del diccionario.

Tenemos distintas fuentes a las que podemos acudir para que nos orienten en este punto. En los *roman courtois*, desde las primeras novelas de Chrétien de Troyes (escritas aproximadamente entre 1165 y 1185) los autores de novelas asocian entre sí ciertas cualidades que consideran como las clásicas virtudes de la buena caballería: *prouesse*; *loyauté*; *largesse*;

*courtoisie; franchise*¹ (conducta libre y noble que es la prueba visible de la combinación de un noble origen con la virtud) y desde entonces hasta el final de la Edad Media esta unión persistirá como el modelo de la distinción caballeresca.

Sin embargo, las novelas no son un buen modelo para el estudio de la caballería, aunque tendremos que recurrir a ellas, pues es evidente que, fuera de la literatura, la caballería era un disfraz, un sistema en el que “*la mentira brota por todas las aberturas del traje de gala de los caballeros. La realidad da un continuo mentis al ideal. Por eso se refugia éste más y más en la esfera de las letras, las fiestas y los juegos. Sólo así podía mantenerse la ilusión de la bella vida caballeresca*”².

Otras fuentes son las procedentes de los sermones de los clérigos y de los tratados sobre el gobierno y la ordenación de la sociedad cristiana, en donde pretendían regular el comportamiento de los caballeros en la vida real. Los eclesiásticos querían mantener a la caballería dentro de unos límites puramente sacros, que sabiamente los caballeros preferían ignorar. Los clérigos, como San Bernardo, contrastaban la decadente y brillante caballería seglar con los Templarios “que se engalanan no con oro y plata, sino con fe por dentro y cota de mallas por fuera para infundir terror y no codicia en los corazones de sus enemigos”³. (Por cierto, cuando a la Iglesia ya no le fue útil el concurso de los Templarios, los destruyó)⁴.



Junto a estas dos visiones de la caballería, la de la Iglesia demasiado idealista e interesada y la de la literatura que nos da una imagen de la vida excesivamente suntuosa, algunas obras tuvieron una gran influencia, como el tratado de Tomás de Zerclaire sobre la virtud en la vida activa, *Der wälsche Gast* (1216) que continuó siendo leído por los caballeros hasta el final de la Edad Media⁵.

¹ Keen, Maurice. *La Caballería. La vida caballeresca en la Edad Media*. Ed. Ariel, Barcelona 2010. “Proeza, lealtad, liberalidad, cortesía y nobleza de espíritu (conducta libre y noble que es la prueba visible de la combinación de un noble origen con la virtud)”.

² Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Alianza Editorial, Madrid, 2010, capit. 4-7

³ Migne, J.P. *Patrología Latina*, Paris, 1844, CLXXXII.

⁴ Keen, Maurice, *La Caballería. La vida caballeresca en la Edad Media*. Ed. Ariel, Barcelona 2010.

Otra obra de enorme influencia fue el *Libre de l'orde de cavalleria*⁶ de Ramón Llull. El joven Ramón fue senescal de Jaime, el hijo menor de Jaime el Conquistador y futuro rey de Mallorca. En su juventud se entregó a la vida caballeresca, escribió canciones a imitación de los trovadores y llevó una vida bastante libertina. Se casó y fue infiel a su mujer, “*la belleza de las mujeres, ¡oh, Señor!, ha sido una plaga y una tribulación para mis ojos*”⁷, declaró años más tarde.

El *Libre de l'orde de cavalleria* fue escrito en forma narrativa (1274-1276). Es una obra sin ilación, llena de divagaciones que dicen mucho más de lo que aquí podríamos resumir. Un capítulo muy interesante es el que describe el examen al que debe ser sometido el escudero que aspira a ser caballero para asegurarse de que reúne los requisitos adecuados: debe ser fuerte y tener la edad suficiente para desempeñar las tareas de la caballería. Debe proceder de un buen linaje y ser lo bastante rico para mantener su rango⁸. Hacia el final del libro Llull resume la clase de hombre que puede llegar a ser un caballero: cortés y de nobles palabras, bien vestido y que mantenga su casa abierta dentro del límite de sus recursos. Lealtad y sinceridad, vigor, largueza y humildad serán las principales cualidades que debemos esperar de él. Este libro tuvo un enorme éxito. Fue traducido al francés y al castellano, al escocés medio por sir Gilberto de La Haya y al inglés por Caxton. A principios del siglo XVI fueron publicadas tres ediciones de la versión francesa. La obra de Llull se convirtió en el relato clásico de la caballería excepto en Alemania. Ese es el motivo de su importancia como instrumento para vislumbrar que fue la caballería.

A la vista de estas tres fuentes, las novelas cortesas, los textos eclesiásticos y las obras didácticas, podemos deducir que la caballería es, en realidad un ethos, unos valores; la caballería es un modo de vida. En este modo de vida aparecen tres grupos de elementos comunes e inmutables: el elemento militar, el elemento social, y el cristiano. Pero un modo de vida es algo tan complejo como un organismo vivo.

Pero, además, ese modo de vida está fuertemente influenciado por el mundo de los *romans*. Este mundo literario nace a partir del deseo

⁵ Roceher, D. *Thomasin von Zerklare: Der wälsche Gast*, 1215-1216, París, 1977, 2 vols. Trad. Victoria J. Madoz Larralde.

⁶ Llull, R. *Llibre de l'orde de cavalleria*, Ed de las *Obras essencials*, Barcelona, Selecta, 1957-1960.

⁷ Llull, R. *Llibre de contemplació*, cap. 104.

⁸ Llull, R. *Llibre de l'orde de cavalleria*, III parte.

nostálgico de una vida más bella, pero en condiciones socio-históricas en las que los caballeros han perdido parte de sus funciones, por lo que han sido pasados por un proceso de idealización a través de la literatura⁹.

El ideal caballeresco “Por su esencia es un ideal estético, hecho de fantasía multicolor y sentimentalidad elevada. Pero quiere ser un ideal moral, y el pensamiento medieval sólo podía concederle un puesto noble poniéndole como ideal de vida en relación con la piedad y la virtud”¹⁰.

Numerosos autores dan el siglo XVI como el del final de la caballería, aunque a principios de 1500 no aparecen signos de debilitamiento de la cultura caballerescas. Como dice Ferguson, puede hablarse de un veranillo de San Martín en la primera época Tudor de Inglaterra y en Francia en la misma época. Francisco I fue armado caballero por Bayart, el *chevalier sans reproche*, y tanto él como Enrique VIII fueron muy hábiles en las justas. Carlos V, el emperador, fue también caballero y su abuelo el emperador Maximiliano, se adjudicó así mismo el papel de caballero andante¹¹. Felipe II de España, fue el héroe de un paso de armas tan espectacular e ingenioso como algunos de los que se realizaron en Borgoña en el siglo XV¹². Incluso en pleno siglo XVI la moda de nuevos libros de caballerías como el *Amadís de Gaula*, relatan, en el Renacimiento, los mismos hechos de grandes hazañas que ya estaban de moda en la Edad Media.

En España la afición a los libros de caballerías es larga y abigarrada y abarca todos los estamentos sociales. Pedro IV de Aragón, el Ceremonioso, en 1361 le reclama a su capellán el “*librum militi Siffar*”; Isabel la Católica, tenía en su inventario de bienes versiones hispánicas de las principales narraciones artúricas francesas, un *Merlín*, una *Ystoria de Lanzarote*, una *Demanda del Santo Grial*; Carlos V, que gustaba de *Balanís de Grecia*,



Los cuatro libros del virtuoso caullero Amadís de Gaula: Complidos.

⁹ Juan Manuel Cacho Blecua. “*La iniciación caballerescas en al Amadís de Gaula*” en María Eugenia Lacarra (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballerescas*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 59-79 (p. 78).

¹⁰ Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1987, p. 89.

¹¹ Strobl, J. *Kaiser Mazimilians I Anteil am Teurdank*, Innsbruck, 1907. (Trad. Victorira- J. Madoz Larralde)

¹² Devoto, D. “*Folklore et politique au château ténébreux*”. *Les Fête de la Renaissance*, ed. J. Jacquot, II, París.

solía hacerse leer alguna obra caballeresca a la hora de la siesta. También otros personajes como Teresa de Ávila e Ignacio de Loyola se encandilaban en su juventud leyendo aventuras de la caballería libresca; los grandes señores y los hombres de letras como Diego Hurtado de Mendoza, Fernando de Rojas, etc. disponen en sus bibliotecas de una respetable cantidad de libros de caballerías. No en vano, durante más de tres siglos, desde finales del siglo XIII, cuando surgen el *Caballero Zifar* y el *Amadís* primitivo, hasta principios del siglo XVII, en que se publican el *Policisne de Boecia* castellano y el *Clarisol de Bretaña* portugués, se publican no menos de setenta títulos, algunos de ellos después de 1650¹³.

Por ello llama poderosamente la atención el abandono en que, salvo alguna excepción, están los libros de caballerías que se despachan, en las contadas ocasiones en que se hace referencia a ellos en los manuales de historia de la literatura, con unas repeticiones de los antiguos dictámenes enunciados en el Quijote y acatados sin la menor crítica por los eruditos decimonónicos. Entre ellos Clemencín, Gayangos que se dedicó a inventariar y clasificar la totalidad de la producción caballeresca sin dejar por ello de censurarla sarcásticamente; y más tarde, Menéndez y Pelayo, a quien le bastó con leer unas pocas obras y con ojear condescendentemente parte de las restantes para aprobar la rigurosa sentencia pronunciada por el canónigo cuando declara que los libros de caballerías “son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, mal mirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes y, finalmente, ajenos a todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil”¹⁴. Este Menéndez y Pelayo, tan vacuo, cerril, necio y garbancero, ha pasado a la historia de la erudición española como un portento y ha sido tomado poco menos por el oráculo de Delfos¹⁵. Y es que, aun hoy día, ser pomposo, trivial, ramplón y un poco sucio es casi garantía de ser tomado por sabio o poco menos. Y así nos va.

¹³ Rouband, Silvia. *Los Libros de Caballerías*. Ed. Instituto Cervantes. Crítica. Barcelona, 1998.

¹⁴ Cervantes, Miguel. *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, Ed. Crítica, Barcelona 1998. (I, 47, 549).

¹⁵ Baroja, Pío. *Juan van Alen: el oficial aventurero*. “Ese clericalismo basto, cerrado y dogmático de Menéndez y Pelayo y de los que le han seguido ha dado ese carácter infecundo y mular a la erudición española”. Edaf. 1998. P. 78.

En 1605 apareció la primera parte de *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y las cosas ya no volverían a ser iguales. Pareciera que cuando el señor licenciado Pero Pérez –que así se llamaba el cura- y el barbero, maese Nicolás expurgan y queman la biblioteca de don Quijote¹⁶, esta literatura caballerescas dejara de existir. Había sido un bello sueño o quizá sólo una pesadilla¹⁷.

Cervantes, en su famosa novela muestra la escisión mas radical con el pasado cultural europeo desde los tiempos de Chrétien de Troyes. El mundo intelectual, moral o artístico, nunca volvería a ser el mismo a partir del momento que se lean las andanzas del hidalgo manchego. Cervantes ve el futuro con una mirada melancólica sobre los ideales del Renacimiento y, de modo particular, sobre el porvenir de una sociedad que persistía en representarse a través de los valores de la caballería¹⁸.

Cervantes crea la novela moderna porque se desentiende de las posiciones morales y plantea no sólo un interrogante sobre las sugerencias del hombre, con las que desea tener una experiencia estética hasta entonces limitada a un sector muy reducido de la sociedad. Cervantes transforma el mundo en una única y fabulosa broma, cuya catarsis está en la ambigüedad que proporciona el juego¹⁹. Vemos aquí el espíritu de divertimento manierista con el que el racionalismo del siglo XVII, al que Cervantes prestó todo su apoyo, quería resolver un problema que quizás no tenía solución. Se comprende que el camino que el hombre recorre para buscar la verdad pasa por una correcta comprensión de las normas que rigen el juego del mundo, sin pensar que la verdad no es mas que una de las muchas sugerencias del hombre²⁰.

¹⁶ Cervantes, M. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. 1ª parte, Cáp. V Además del *Amadís de Gaula* salvaron de la hoguera a la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*: “¡Válame Dios! –dijo el cura, dando una gran voz-, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmela acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos...Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo...”... “Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida.” El párrafo juega de tal forma con la ambigüedad, que ha merecido ser definido como el pasaje más oscuro del Quijote.

¹⁷ Ruiz-Domenech, J. E. *La novela y el espíritu de la caballería*. Mondadori, Barcelona, 1993, capt. XIV, p. 164.

¹⁸ Ruiz-Domenech, J. E. *La novela y el espíritu de la caballería*. Mondadori, Barcelona, 1993, capt. XIII.

¹⁹ Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Alianza Editorial, Madrid, 2010, p. 162.

²⁰ Huizinga, Johan. *El otoño de la Edad Media*. Alianza Editorial, Madrid, 2010, p. 163.

La alta cultura del Barroco olvidó la novela caballeresca y ese ideal masculino. Ahora el problema de la sociedad es una cuestión de conocimiento. Como dice Locke²¹ “dos son los principios que dan origen a todas nuestras ideas: las cosas externas y materiales que forman el objeto de la *sensación*; y las operaciones interiores de nuestro espíritu, que forman el objeto de la *reflexión*”. Es decir, no basta con saber; es necesario experimentar esa sensación en el propio yo.

El hombre de mediados del siglo XVIII, apelando al sentido común contra la desbordante imaginación resulta ahora mucho más crítico que el de la época de Cervantes. Las verdades no descansan en una sensación de carácter personal, sino en una atenta y lúcida observación del universo, donde, como decía Newton, *hypothesis non fingo*²². El sentido común que preside la crítica a ciertas actitudes, reviste un significado especial, pues se trata de adaptarse del mejor modo posible a las circunstancias de la vida²³. Es imposible escapar a la sensación de que cualquier gesto obedece a una causa y a un fin. Ha llegado la ilustración, ha llegado el siglo de las Luces. La ilustración, decía D’Alembert, lo discutió, analizó y agitó todo, desde las ciencias profanas a los fundamentos de la revelación, desde la metafísica a las materias del gusto, desde la música hasta la moral, desde las disputas escolásticas de los teólogos hasta los objetos del comercio, desde los derechos de los príncipes a los de los pueblos, desde la ley natural hasta las leyes arbitrarias de las naciones, en una palabra, desde las cuestiones que más nos atañen a las que nos interesan más débilmente”.

Pero cuando el racionalismo lo había invadido todo, surge un movimiento cultural y político originado en el Reino Unido y Alemania, a finales del siglo XVIII como una reacción revolucionaria contra el racionalismo de la ilustración, confiriendo prioridad a los sentimientos y al individuo: llegó el Romanticismo y todo volvió a empezar o eso parecía.

El Romanticismo se identificó especialmente con la Edad Media y a esta época con la caballería. La imaginación de la pintura romántica, que tanto ha influido en nuestra forma de recrear estéticamente la Edad Media, se

²¹ Locke, Jhon, *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Edición del Fondo de Cultura Económica, 1999.

²² Newton, Isaac, *General Scholium*, publicada en la tercera edición de sus *Philosophiae naturalis Principia matemática*. La frase *Hypotheses non fingo* (“No compongo hipótesis”), expresa perfectamente la apoteosis de la causa-efecto de la mecánica de Newton que es el nacimiento de la física moderna.

²³ Ruiz-Domenech, J. E. *La novela y el espíritu de la caballería*. Mondadori, Barcelona, 1993, capt. XIV, p. 169.

sintió seducida por la Edad Media y las leyendas del Norte y trata esa época más que cualquier otro periodo histórico. Les atraía de esta época su exotismo y especialmente las civilizaciones árabes, de ahí la corriente de orientalismo que recorrerá todo el siglo XIX y que puso a Turquía, Argelia y España de moda en toda Europa. Este gusto por la caballería influyó decisivamente en el movimiento prerrafaelita, que se inspiró básicamente en el estilo artístico que se dio antes de Rafael de Urbino. Su pintura se centró especialmente en evocar el estilo de los antiguos pintores del Renacimiento, basándose especialmente en los autores y temas propios del Quattrocento, el trecento y asuntos aún más antiguos, medievales principalmente y leyendas arcaicas que nos ha dejado unas espléndidas obras hiperrealistas en lo formal y un testimonio de la visión plástica del mundo medieval que dura hasta nuestros días.

Como dice Keen, “la clase dirigente, el *establishment*, consideró positivo el alto precio que la caballería había dado al éxito ancestral como ejemplo para las generaciones posteriores; y también su expresa fusión en el ideal de honor de los principios de rectitud personal y el derecho al respeto de la sociedad; hasta el convencimiento de que el haber nacido noble imponía el deber hereditario y honorable de estar siempre dispuesto a desenvainar la espada para defender al débil y al oprimido. Estas atribuciones, alimentadas por la caballería, sostuvieron el orden social del *ancien régime* y continuaron teniendo un poder inmenso, hasta finales del siglo XIX, entre las clases dirigentes de Europa. Esta es la razón de por qué la caballería es un tema digno de atención para el historiador”²⁴. Esta y la indudable fascinación que sigue provocando en nuestros días.

LOS ORÍGENES DE LA CABALLERÍA

En el siglo VIII aparece el estribo en Europa al tiempo que la silla evoluciona para dar estabilidad al jinete. Probablemente por influencia de los ávaros, la caballería acorazada se convierte en la punta de lanza de los ejércitos carolingios, que forjaron el imperio más vasto de la Edad Media occidental. De esta forma en los siglos IX y X, impulsada ahora por las necesidades de la lucha contra los invasores sarracenos, magiares y vikingos, se configura la caballería pesada típica del caballero medieval.

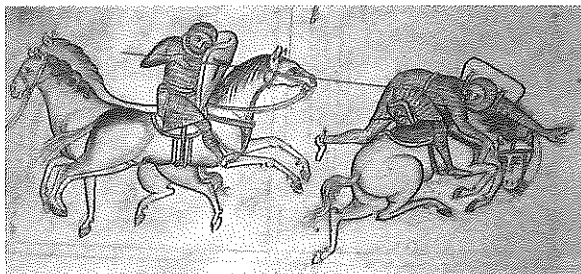
²⁴ Keen, Maurice. *La Caballería. La vida caballeresca en la Edad Media*. Ed. Ariel, Barcelona 2010, cap. XIII, pp. 347-348.

Armar y dar montura a un guerrero es algo muy caro, de forma que la caballería medieval aparece ligada totalmente al fenómeno del feudalismo²⁵. Los caballeros son señores o vasallos aventajados con poder social y económico que guardan además la exclusividad de la caballería para su clase. Inicialmente protegidos con un traje completo de cota de malla y un yelmo, que va aumentando de tamaño hasta convertirse en el siglo XII en un gran y pesado cubo metálico apoyado sobre pecho y espalda, se añaden progresivamente protecciones extras al conjunto y el caballero y caballo terminarán por estar totalmente revestidos de placas metálicas a partir del siglo XIV, lo que da origen también a la selección de razas para dar lugar a caballos grandes y pesados capaces de sostener el conjunto.

EL FLORECIMIENTO DE LA CABALLERÍA

La caballería pasó su periodo formativo entre 1160 y 1215. El florecimiento de la caballería coincide con el periodo del verdadero feudalismo, que se cierra ya en el siglo XIII.

La *historia de Guillermo el Mariscal* nos da un modelo de caballero real. El cantar de Guillermo el Mariscal, es un poema que contiene 19.914 versos, elaborado por encargo del hijo mayor del Mariscal, cuya redacción fue hecha por un artesano “cuyo oficio era componer canciones”, un trovero, una especie de historiador de la época, que tuvo que realizar una investigación sobre la vida del mariscal, apoyándose en los relatos de sus compañeros de armas y especialmente en los de Juan de Early su escudero, posteriormente convertido también en caballero, que acompañó a Guillermo hasta el fin de sus días.



²⁵ Contamine, P. *Guerre, état et société*. París, 1972. “Un soldado de caballería no podía contentarse con sólo un caballo; necesitaba remontas y monturas menos caras para sus escuderos y otros seguidores”. En 1297, Gerar de Moor, señor de Wessengem, poseía siete caballos valorados en 1200 libras tornesas, es decir, que sus mejores caballos representaban una inversión igual a los ingresos anuales de un caballero muy rico en Inglaterra. Malcolm Vale calcula que en el siglo XV un hombre de armas francés tenía un caballo de guerra el valor del salario de casi un año y la cuarta parte de este salario en su armadura”.

A medida que el relato avanza, nos enteramos no sólo de los pormenores de la vida del mariscal, desde su infancia humilde, hasta su conquista de los sitios de la corte de los Plantagenet, pasando por sus experiencias como guerrero valeroso, y las dificultades de los compromisos de lealtad en la corte, sus amoríos y su vida familiar; si no también de los valores, de los usos, costumbres, moral y religiosidad dominantes entre los caballeros, conocemos en detalle la carrera militar, las formas de los combates y lo que en ellos se ponía en juego: el honor y el valor; el matrimonio como mecanismo de ascenso social, de arreglo de conflictos y obtención de la paz; el juego de las rivalidades entre familias reales por mantener y ampliar el poder político y el dominio sobre los súbditos. Es especialmente rica la información que se obtiene acerca de los torneos o combates entre caballeros, el cuadro de los mismos es bien completo: trajes, armas, sitios, trofeos, dinámica de los mismos, técnicas de combate, símbolos, banderas, la importancia de derrumbar al adversario de su caballo, el hacer prisioneros, la lucha cuerpo a cuerpo, el reparto del botín y las reglas que generalmente eran de rigurosa observación. De modo similar, se nos descubre el mundo del matrimonio y la compleja red de fidelidades que enlazaban a los hombres entre sí, con respecto a la familia y al rey y la rigidez de las reglas del vasallaje.

*“¿Qué es manejar las armas?
¿Se sirve uno de ellas como de una criba,
de un harnero o de un hacha?
No, es un trabajo mucho mas duro.
¿Qué es entonces, la caballería?
Cosa tan fuerte y tan intrépida
Y que tanto cuesta aprender
Que un villano a ello no se atreve...
Quien a alto honor quiere llegar
le conviene ocuparse primero
de haber ido a esta escuela.”*

La cultura de los tiempos feudales nos ha dejado este texto que muestra claramente lo que la clase dominante pensaba de si misma²⁶.

William, nacido hacia 1145, era el cuarto hijo de Juan Fitzgilbert, barón inglés de mediano rango. En esta época los hijos de los caballeros abandonaban pronto la casa paterna e iban a cumplir su aprendizaje en otro

²⁶ Duby, Georges, *Gillaume le Maréchal. Le meilleur chevalier du monde*. Ed. Alianza. Madrid 1997, pp. 94-95.

lugar, y los que no eran primogénitos abandonaban esta casa, salvo un azar dichoso, para siempre. A los ocho o diez años, eran separados de sus madres y de sus hermanas y eran transferidos bruscamente a otro mundo, el de las cabalgadas, las cuadras, los almacenes de armas, las partidas de caza, las emboscadas y los retozos viriles. Los muchachos crecían allí, integrados en la banda de los caballeros, eran adolescentes mezclados en promiscuidad militar con hombres ya maduros. Pertenecían ya, en posición subalterna, a la escuadra que mantenía en su casa otro señor, encargado de educarlos, que se convertía así en su nuevo padre, en tanto que la figura del verdadero padre, del padre “natural” se borraba rápidamente de su memoria, si por ser segundones no esperaban heredar un día de él²⁷.

Así ocurrió con Guillermo. De joven vivió en casa de su primo Juan, conde de Tankarville, poderoso barón del Sena inferior, chambelán del rey de Inglaterra y asiduo participante en torneos²⁸. Este hombre tiene una fortaleza, reúne a noventa y cuatro caballeros bajo su pendón, y está en muy buena situación en la casa del rey: es uno de los parientes más poderoso. Por ello está obligado a “amar” más que ningún otro a su linaje, a “evarlo” tanto como le sea posible y a “honrarlo”. Ve como le llegan enjambres de jóvenes que no son descendientes suyos, pero corre por sus venas la misma sangre. En virtud de las leyes de una genética comúnmente admitida en la nobleza, están destinados, si él quiere tomarse la molestia de cultivar sus aptitudes, a convertirse en tan ricos, tan generosos y tan llenos de coraje como él mismo. Él acoge con gusto a todos estos chiquillos, los alimenta y los educa. Por esta función sustituye a sus padres y multiplica así su propia prole mucho más allá de la que habría podido engendrar por sí mismo en sus sucesivas esposas. Toma bajo su protección un puñado de futuros guerreros que ya le pertenecerán para siempre, aprisionados en las



²⁷ Duby, Georges, *Gillaume le Maréchal. Le meilleur chevalier du monde*. Ed. Alianza. Madrid 1997, p. 109.

²⁸ *L'Histoire de Gillaume le Maréchal*, versos 5.940-6.170.

mallas de la amistad deferente que en aquél tiempo, era la más segura riqueza del mundo²⁹.

Para estos jóvenes, el día que son armados caballeros comienza la verdadera vida, y cada caballero se acuerda de él como el más hermoso de su existencia. Ceñida la espada, el caballero se ha convertido en un hombre. Ha recibido un poder que es, en primer lugar, un poder sobre sí mismo. Los ritos de ser armado caballero consagran esa toma de posesión de sí mismo. Antes de recibir las armas, los jóvenes ese día se quedaban desnudos, lavaban su cuerpo. Como se lavaba el cuerpo de los recién nacidos y de los difuntos. Ya que este rito de paso, era análogo a esos otros pasos, el nacimiento y la muerte. Era para ellos como si viniesen al mundo por segunda vez; la única que contaba verdaderamente. Hasta aquí habían permanecido en tutela. Pero ese día su aprendizaje ha terminado, no les alimentaran más y deberán vivir por sus propios medios. “Que se vayan, y que se marchen a *girar por la tierra*”³⁰. A dar vueltas, a moverse sin tregua, siempre en movimiento, dirigido a un objetivo que no existe. No hay objetivo. Hay que buscar y conquistar su premio, completamente solo.

Si la vida del caballero es una tensión que lo enfrenta con todo y al final de ese combate se encuentra la libertad, esa es la única cosa a la que nunca se puede renunciar. Así pues, la soledad es necesaria para conquistar lo que el hombre no tiene: lo que debe conseguir por medio de la voluntad y el orgullo de no ser un esclavo del poder.

Pero los caballeros tampoco pudieron aspirar a otra cosa que no fuera su soledad. Salvo quizá en la primera infancia, pero sus hermanas y el resto de las mujeres se apartaban muy pronto de ellos. La vida familiar es muy difícil. Los caballeros siempre han andado solos de un lugar a otro llevando una vida errante, pero se acostumbraron a ella y nunca supieron el modo de renunciar, ni siquiera querían hacerlo. Era una postura vital adoptada cuando apenas tenían uso de razón. Solos ante un mundo que les temía, solos tras seducir a alguna dama aburrida o poner fin a un pleito doméstico. Su único amigo era su caballo. Eran como exploradores en el desierto de una existencia sin atributos, opaca, cuyo porvenir residía en la obtención nunca fácil de un buen matrimonio.

²⁹ *L'Histoire de Gillaume le Maréchal*, versos 6.260-6.284.

³⁰ *Ibidem*, vv. 6155-6162.

Solos con unos cuantos, también pocos, amigos masculinos por los que sentían un cariño entrañable, en ocasiones disimulado y alguna vez auténtica pasión. Solos en los caminos, en las fiestas deportivas, quizá libres, pero inseguros, tristes, sin felicidad. Tenían, eso sí, muchos enemigos: los envidiosos embaucadores de la corte, los honrados comerciantes, los padres de las muchachas, algunos frailes que se escandalizaban con excesiva rapidez y, de un modo especial, el arrebatado frenesí de sus inmensos gastos. Fueron infelices, sin duda, pero también se convirtieron en protagonistas de hermosa leyendas y de fascinantes historias.

Con el vagabundeo comenzaba la libertad, pero también el peligro. Porque se marchaba a combatir. Viajar quería decir también tornear. Pasar de un torneo a otro para intentar ganar: ganar su premio; ganar, sobre todo, su vida. Porque el torneo era un ejercicio deportivo no exento de riesgos, tanto mayores cuanto mayor era el premio³¹.

LA CADENA SUCESORIA DEL LINAJE

Cuando muere su padre, Guillermo tenía 20 años. No hay ni una sola manifestación de dolor, ni de deseo de haberlo escoltado en su lecho de muerte. En cambio, cuando muere su hermano mayor manifiesta su dolor tan fuertemente que se “creyó ver estallar su corazón”. Esta aparente indiferencia ante la muerte del padre, y la demostración de dolor y de piedad familiar por la muerte del hermano mayor se explica por que en 1165 Guillermo no heredaba, y en 1193, en cambio, si heredaba, ya que su hermano Juan II el Mariscal no tenía hijos. “Esta es una importantísima prueba de rasgo social: lo que hay de ritual en las manifestaciones de afecto en el seno de la familia, los únicos rasgos externos de vinculación que nos aparecen, dependían directamente de la situación de unos y otros en la cadena sucesoria. Es por la transmisión de los bienes como se nutren, en esta sociedad, los únicos lazos afectivos que es obligado manifestar públicamente. Se ama abiertamente en el linaje a aquél que todavía posee los derechos que se van a recoger tras su muerte, como el vasallo ama abiertamente al señor del que ha recibido los favores”³².

En la segunda mitad del siglo XII y en los primeros años del XIII, se produce una plenitud en el crecimiento de Europa, un desarrollo prodigioso que hizo acelerar la circulación monetaria y fortalece las estructuras

³¹ DUBY, Georges, *Gillaume le Maréchal. Le meilleur chevalier du monde*. Ed. Alianza. Madrid 1997

³² *Ibidem*, pp. 110- 111

estatales. La rueda de la fortuna, que elevaba a unos y bajaba a otros, giraba en este tiempo cada vez más deprisa, incluso en un medio social aparentemente estable, fuertemente estructurado por las armazones del linaje. Entre los caballeros operaban dos niveles superpuestos. Se trataba de triunfar en el seno de su propio grupo, pero quien quería subir más alto debía encontrar su sitio en el seno del grupo más próximo a la fuente de los beneficios. Y aquí la disposición de las relaciones de parentesco en la sociedad caballeresca atribuía al tío materno, con relación a sus sobrinos, derechos y deberes privilegiados. El linaje del que él era el jefe había cedido una hija a otro linaje; había perdido su poder sobre ella, pero ese poder, en cambio, lo conservaba sobre los hijos que ella traía al mundo. De los hijos de su hermana, el tío esperaba que lo amasen más que a un padre, y él mismo se sentía obligado a amarlos más que aquel. Estaba obligado, sobre todo, a ayudarlos en su carrera. Y la mayoría de las veces este hombre se encontraba en mejor posición para hacerlo porque, como resultado de las estrategias matrimoniales, la mujer era, generalmente, en la pareja, de más alta alcurnia que su marido³³. Para subir en el mundo los muchachos se volvían gustosos del lado de su familia materna; cuando eran caballeros salían a combatir en el equipo del tío jefe de mesnada, seguros de encontrar en su entorno cálida amistad, firme sostén y las más seguras probabilidades de hacer fortuna.

LAS ESTRATEGIAS MATRIMONIALES

La caballería es un mundo masculino, que se cree con derecho a reservarse a todas las mujeres de su sangre, y a los hombres de otra condición les prohíbe tomarlas. Así, el rapto, la fuga, los compromisos clandestinos y el amor desmontaba las maniobras de los jefes de la familia y por ello eran fieramente castigados.

La presunción de adulterio está latente en las casa nobles. Todos los caballeros jóvenes rivalizan por ganarse el *amor* de la esposa del señor para atraerlo. Pero uno se arriesga a dejarse coger por este juego, a traspasar los límites establecidos. Se convierte entonces en peligroso. Una mujer no está en absoluto defendida en estas grandes residencias sin tabiques, oscuras desde que cae la noche y llenas de hombres. A ella misma, generalmente frustrada, a veces le apetece regocijarse. La promiscuidad favorece estas

³³ Duby, Georges, *Gillaume le Maréchal. Le meilleur chevalier du monde*. Ed. Alianza. Madrid 1997, pp. 123-125.

cópulas que no son únicamente de alarde³⁴. Todos piensan que estas fornicaciones, violentas o consentidas, son posibles: el jefe de la casa teme verse atribuir hijos nacidos de otra simiente. Todos a su alrededor están al acecho, dispuestos a mantener despiertos los celos de su señor para hacerse querer bien por él, y para eliminar a todos los compañeros³⁵.

Todos los señores estaban expuestos al adulterio, incluso los reyes, pero como escribe Georges Dumézil (*La courtisane et les seigneurs colorés*, p. 192) “¿no pertenecía a los reyes, que encarnaban la primera de las tres funciones, la de la sabiduría, mostrar una serena tolerancia hacia la debilidad de las mujeres?”.

A finales del siglo XII la riqueza tiene menos importancia que el poder. El único poder verdadero pertenece a los hombres casados. El hombre tiene mil veces más valor que la mujer, pero no tiene ninguno si no posee él mismo una mujer. Un caballero es siempre pobre. Pobreza en este tiempo significa impotencia.

El hijo del caballero veía su vida dividida en tres secuencias por dos ceremonias mayores: El día en que se armaba caballero, y el día de la boda que representaba un cambio de clase, un sueño quimérico.

Cuando el caballero logra que le entreguen en matrimonio a una heredera, quiere que las bodas tengan lugar en la casa de la doncella: al apropiarse de una heredera, el joven casado se establece y se convierte en señor y dueño un patrimonio *extraño*, el de los abuelos de su esposa. Sabe que los tíos y primos se oponen y toda la mesnada del antiguo señor le envidia por ser un hombre de otra sangre que posee y domina ahora en la casa. Es prudente que la ceremonia se realice en la casa.

El matrimonio modifica el tablero de las amistades y los servicios del caballero. Se ha convertido ahora en patrón, en la cabeza del linaje. Le corresponde alimentar a los jóvenes, educarlos, recompensarlos, colocarlos. Ellos constituyen el núcleo de su casa. Numerosos vasallos se congregan a su alrededor y su política es la de todos los jefes de linaje: lograr que los varones permanezcan como simples caballeros y no buscar esposa más que para uno solo: el mayor de los hijos, quien lo sucederá, y para el que arregla tempranamente un matrimonio y para hacerse con nuevos amigos de su alcurnia, distribuye a sus hijas.

³⁴ *Ibidem*, pp. 85.

³⁵ *Ibidem*, pp. 86.

En las postrimerías del siglo XII y primeros años del siguiente, los caballeros se mantenían célibes y esto era así por razones económicas y hereditarias y por una concepción funcional de su “oficio”. Es esclarecedor este diálogo recogido de un manuscrito de la época:

–“¿Te has preguntado alguna vez por qué los hombres de la Guardia del Norte no toman esposa, ni engendran hijos?. Para que no amen. Por que el amor es veneno para el honor, es la muerte para el deber.

¿Qué es el honor comparado con el amor de una mujer?. ¿Qué es el deber, comparado con el calor de un hijo recién nacido en los brazos, o el recuerdo de la sonrisa de un hermano?. Aire y palabras: Somos hermanos, y los dioses nos hicieron para el amor. Es nuestra mayor gloria y nuestra mayor tragedia.

Todos cumplimos con nuestro deber cuando no nos cuesta nada. En esos momentos seguir el sendero del honor nos parece muy sencillo. Pero en la vida de todo hombre llega un momento en que no es sencillo, en que hay que elegir.”

Las obligaciones principales de esta ética caballeresca eran de tres clases.

La fidelidad en primer lugar. Cumplir la palabra, no traicionar la fe jurada. Esta exigencia se encontraba dosificada en función de un encuadramiento estrictamente jerarquizado. El caballero se encontraba en el centro de varios conjuntos encajados, cuya cohesión era mantenida por su lealtad. Debía ser leal hacia los constituyentes de todos estos conjuntos. Pero ante las demandas contradictorias, tenía que ser fiel en primer lugar a sus más próximos, y primero a aquel que era la cabeza del cuerpo inicial; los amigos más lejanos aparecen después, la fe que se les debía era dúctil, se doblegaba ante las más firmes, pero sin por ello romperse. Para servir al jefe de la casa, el señor directo, faltar a las otras amistades no era una falta. Nadie debía resentirse por ello.

El segundo deber de los hombres de guerra era actuar como hombres de “pro”: la proeza (combatir e intentar vencer, pero conforme a ciertas leyes). El caballero no lucha con los villanos. Los caballeros no *raposean*, es decir no se comportan como zorros sino como un leones, se prohíben la emboscada alineándose en la batalla, al descubierto. “El valiente no busca otra protección que la destreza de su caballo de batalla, la calidad de su armadura y la devoción de los camaradas de su rango cuya amistad le flanquea”. El honor obliga a parecer intrépido, hasta la locura³⁶.

³⁶ *Ibidem*, pp. 137.

La tercera es la liberalidad. Ésta es la que hace verdaderamente al gentilhombre, la que establece la distinción social. El caballero no debe guardar nada en sus manos. Todo lo que le llega, lo da. De su generosidad extrae su fuerza, y lo esencial de su poder; en cualquier caso, toda su fama y la cálida amistad que lo rodea. Pero es en este núcleo de sus armazones donde principalmente se ve a la moral caballeresca chocar con la realidad. Se había edificado en un tiempo en que las monedas circulaban poco, en que el don y el contra-don arrastraban casi todo lo que, en el movimiento de la riqueza, no procedía de la herencia. Pero hasta los menos perspicaces se percataron de que los jefes de los estados renacientes, llevan su juego tanto mediante el dinero como por las armas. Este poder nuevo del dinero desmoralizaba, era un asunto de villanos, despreciable. El caballero no toca el dinero sino con repugnancia y para dispersarlo inmediatamente en la fiesta. Pero el caballero está obligado a servirse de él para los asuntos serios, y cada vez más. Todo cuesta. Es el caso del equipamiento para las gentes de guerra, y que se gasta rápidamente; sobre todo los buenos caballos de los que depende la proeza y que se revientan bajo sus jinetes. Cada escuadrón de caballeros andantes está, en consecuencia, envuelto por una nube de traficantes afanosos que lo siguen, que lo preceden, lo esperan, consiguen todo, pero piden precio. El dinero aparece en adelante como indispensable para el honor, cuando el honor exige despreciarlo³⁷.

En los torneos, *“por cada caballero llegaban dos mercedarios, tres artesanos, seis soldados, una docena de comerciantes y dos de prostitutas y más ladrones de los que quiero imaginar. Estos acontecimientos hacen prosperar el reino. Dan a los grandes una oportunidad para alcanzar la gloria, y a los pequeños un descanso en medio de sus preocupaciones y llenan más de un bolsillo.”*³⁸

Un cuarto precepto, del que se habla muy poco, era, de una manera igualmente temeraria, ganar el amor de las damas. La “cortesía”.

El Amor cortés, era un código de comportamiento que definía las relaciones entre enamorados pertenecientes a la nobleza en Europa occidental durante la Edad Media. Influida por las ideas



48.—Court of Love in Provence in the Fourteenth Century (Manuscript of the National Library of Paris).

³⁷ *Ibidem*, pp.138-140.

³⁸ Martín, G. *Festín de cuervos*, p. 512.

coetáneas de la caballería y del feudalismo, el amor cortés requería la adhesión a ciertas reglas elaboradas en la canciones de los trovadores, entre finales del siglo XI y los últimos años del siglo XIII. De acuerdo con esas convenciones, un noble, por lo general un caballero, enamorado de una mujer casada de igual o a veces más elevada alcurnia, tenía que demostrar su devoción mediante gestas heroicas y escritos amorosos, presentados de forma anónima a su amada. Una vez que los amantes se habían comprometido uno al otro y consumado su pasión, tenía que mantenerse en completo secreto. Puesto que, en la Edad Media, la mayor parte de los matrimonios entre la nobleza no eran más que meros contratos de negocios, *el amor cortés era una forma de adulterio aprobado*; esto era así porque no suponía una amenaza ni al contrato matrimonial ni al sacramento religioso. De hecho, la infidelidad entre los amantes era considerada más pecaminosa que el adulterio de esta relación extramarital.

El año 1237, Guillaume de Lorris escribió *Le Roman de la Rose* ³⁹. Su



propósito era enseñar el arte de amar a la sociedad cortesana por medio de una serie de reglas que deben ser cuidadosamente observadas.

El propósito de este código, el amor cortés, es la sumisión, la servidumbre incondicional e idealización de la amada; el comportamiento del amante, siervo y prisionero equivale al del vasallo con su señor. Requiere la adhesión a ciertas reglas elaboradas, el noble caballero, enamorado de una mujer casada de igual o superior alcurnia, debe demostrar su devoción por medio de gestas heroicas y escritos amorosos anónimos. El amor cortés, absolutamente secreto, es una forma de adulterio aprobado, no es considerado como amenaza al contrato matrimonial ni al sacramento religioso.

Este amor tiene características particulares; “la humildad, la cortesía, el adulterio y la religión del amor”. “Correr tras los recados, soportar calor y frío por obedecer los caprichos de la dama, de cualquier dama parecería cosa muy honrosa y natural a un caballero del siglo XIII y hasta del XVII”⁴⁰.

³⁹ Guillaume de Lorris y Jean de Clopitel de Meun (1240-1280).

⁴⁰ Lewis, 1969.

El ideal femenino cortés requiere discreción, prudencia y otros conceptos más abstractos y que incluyen el saber comportarse en presencia de otros.

Esta obra fue continuada por Jean de Meung entre 1275 y 1280. El libro se presenta como *una conversación placentera e instructiva* con varios interlocutores sucesivos (entre los que está el abominable personaje de *La vieja*, que cuenta en detalle como una mujer siempre debe conseguir tantas ventajas materiales como pueda de sus enamorados y sucesivos amantes, que es lo que siempre ha hecho, y que actuar de otro modo es una locura).

NORMA y FORMA

Pero una cosa es el ideal caballeresco y muy otra la realidad histórica.

El papado, al legitimar el imperio hacia el año 800 para dotarse de una espada temporal contra los árabes y bereberes musulmanes, crea al mismo tiempo su mayor adversario y la vida de la Edad Media se organizará, hasta después del gibelino Dante, según la dialéctica Imperio-Iglesia. El papa Gregorio VII, depuesto por el emperador Enrique IV en 1076, depone y excomulga, así mismo, al emperador que nombra a su propio Papa (Clemente III), ocupa Roma en 1083 y se hace coronar por él en 1084.

Urbano II heredó de Gregorio los problemas con el Imperio y, para hacer amigos (¡), excomulgó a Felipe I de Francia y así quedó enfrentado a los dos monarcas más poderosos de Europa. En estas circunstancias, a Urbano II le hacía falta un acontecimiento que desviara la atención de su delicada situación y se le ocurrió la idea de la peregrinación a Jerusalén ocupada por los turcos Selyúcidas, que él encabezaría. Como la expedición le encontró luchando con el otro Papa, Gilberto de Rábena, conocido como Clemente III, nombró legado a Ademaro de Monteil.

Las personalidades y hechos de tres de los nobles peregrinos de la primera cruzada, Bohemundo de Tarento, Ademaro de Monteil y Raymundo de Saint Gilles, los héroes de la conquista de Antioquía, nos van a permitir contrastar realidad e ideales caballerescos.

Bohemundo de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo *el Astuto*, y príncipe de Tarento, era un normando alto, bello, rubio, de ojos azules, fuerte, inteligente y sereno. Este prodigio de varón hizo que Anna, hija del emperador de Bizancio Alejo Comneno, perdiera el aliento al encararse con

Bohemundo, del que dice textualmente en la *Alexiada*⁴¹ que “le quitó la respiración” (bueno, le quitó algo más que pudorosamente omitiremos). Pensaba como un filósofo, hablaba como un retórico y luchaba como un héroe. Tenía, sin embargo, un alma doble y si acudía a la cruzada no era por salvar los Santos Lugares, era por darse el gusto de atravesar Bizancio a la cabeza de un ejército, porque odiaba a Alejo. Además, había echado sus cuentas y pensaba hacer fortuna y conquistar un reino sin necesidad de llegar a Jerusalén. Como no tenía fondos suficientes se dedicó a predicar la Cruzada entre los caballeros, con tanto acierto que logró embarcarse para Grecia con diez mil caballos (números de la época).

Ademaro de Monteil, obispo de Puy y legado pontificio, era un individuo enorme, con una gran nariz y pelo claro, llevaba sobre las ropas talaras una piel de oveja, lo que le daba el aspecto de lo que era: un energúmeno fanático. Ademaro era un obispo que mantenía en serio sus promesas de castidad y pobreza, pero era un plasta muy dado a la homilía al que si le hacías una inocente pregunta te soltaba el Sermón de la Montaña.

Raymundo de Saint Gilles, conde de Tolosa ya no muy joven, era exquisito y exquisitos eran todos los demás, su familia y sus caballeros, sobresalía en las armas y había peleado en España al lado del Cid, lo que le daba una aureola de leyenda. Con ellos iban los gascones, los languedocianos, los provenzales, los del Limosin y los de Auvernia. Además de armas, perros y víveres, la comitiva de los provenzales llevaba un carro de sastres y otro de peluqueros, pues las gentes de Auvernia y Provenza eran famosas de tiempo atrás por “sus vestidos extravagantes y sus costumbres tan depravadas como sus trajes”. Parece ser que esa depravación en el vestir consistía, entre otras, en “unos calzones que medían seis pies” y en la finura del tejido que “dejaba adivinar sus partes pudendas”, para colmo estos calzones los llevaba, entre otros, un clérigo joven que llenaba de admiración por lo bien que movía las *nalguitas*. Además los provenzales introdujeron la moda de la túnica corta y el cinturón muy apretado, con la inequívoca intención de mostrar su trasero. Tanta indecencia provocó que

⁴¹ Comneno, Anna. *The Alexiad*, Libro IV, London, 1929. Digno de mencionar es el retrato que hace del cruzado Bohemundo de Tarento, normando del sur de Italia, quien bajo la jefatura de su padre Roberto Guiscardo, había invadido parte del territorio bizantino en los Balcanes en 1081. Aunque lo considera un bárbaro y hace de él “el malo” en su obra, por la enemistad con su padre así como su conquista de Antioquía, antigua ciudad bizantina, hay más de una insinuación de estar encaprichada con él. El libro igualmente contribuye a comprender la mentalidad femenina de la época así, como del mundo bizantino en el que se desarrolla su historia.

un abad de prestigio entre los francos los amenazara con un anatema, pues en su opinión aquel atuendo impedía la entrada en el paraíso por ser, sin duda, de inspiración diabólica. Lo del anatema preocupó mucho a aquellos elegantes porque un anatema era superior a la excomunión, pero el poder de la moda se impuso y ni siquiera esta amenaza consiguió que los provenzales se taparan el culo y alargaran el largo de sus túnicas⁴².

Pues bien, los cruzados comandados por Bohemundo de Tarento, Raymundo de Saint Gilles y Ademaro de Monteil, tras la toma, el 28 de junio de 1098, de Antioquía, ciudad en la que convivían pacíficamente diferentes religiones, apostaron a los trompeteros en las almenas y toda la noche fue un trueno, eran las trompetas del juicio final que sonaron y sonaron, mientras los habitantes de la ciudad, que salían de sus casas aterrorizados, eran degollados. En esa gran carnicería nadie preguntaba al otro de qué religión era. Los cruzados se limitaban a rebanar el pescuezo a todo lo que se movía; “matadlos a todos que Dios reconocerá a los suyos”, vociferaba Ademaro de Monteil, obispo de Puy y legado pontificio. Los cruzados mataron a todos y, quizá, como decía Ademaro, San Pedro, a la puerta del cielo, los iba clasificando.

Sin duda, este no fue un comportamiento muy caballeresco.

LA CONCEPCIÓN JERÁRQUICA DE LA SOCIEDAD

El periodo en el que florece la caballería, se cierra ya en el siglo XIII. Lo que sigue es la etapa de la Edad Media en la que los factores dominantes en el estado y en la sociedad son el poder mercantil de la burguesía y el poder financiero de los príncipes, que descansa en el anterior. Sin embargo las fuentes narrativas conceden a la nobleza y a su actividad un lugar mucho mayor del que la historia política-económica nos muestra.

Esto se debe a que la forma de vida de la nobleza conservó su imperio sobre la sociedad hasta mucho tiempo después de haber perdido su preponderancia como estructura social. En el espíritu del siglo XV la nobleza sigue ocupando, sin duda alguna, el primer puesto como elemento de la sociedad. Su significación era estimada en exceso por los contemporáneos, así como la burguesía lo era con defecto. Los contemporáneos no comprenden que las verdaderas fuerzas motrices de la evolución social ya no residen en la vida y en la actividad de una nobleza

⁴² Leguineche, M., Velasco, M. A., *El viaje prodigioso*. Alfaguara, Buenos Aires, 1995.

guerrera, sino en otra parte. Pero para comprender la vida de la cultura, tiene un gran valor la ilusión en que los contemporáneos viven.

ASI ES SI ASÍ OS PARECE

La nobleza ha sido algo más que un mero barniz. La idea de la organización de la sociedad en “estados” contamina en la Edad Media todas las especulaciones teológicas y políticas. Esta idea no se limita, en absoluto, a la consabida trinidad: clero, nobleza y tercer estado, tiene una significación mucho más amplia. Un texto de Chastellain (historiógrafo áulico de Felipe el Bueno) nos informa del pensamiento de la época sobre este asunto: “Dios ha creado el clero para que ejerza los ministerios de la fe; ha creado la nobleza para realzar la virtud y administrar la justicia, para ser con los actos y las costumbres de sus distinguidas personas el modelo de los demás. Las más altas funciones del Estado, la defensa de la Iglesia, la propagación de la fe, el amparo del pueblo contra la opresión, el fomento del bienestar general, la lucha contra la violencia y la tiranía, la consolidación de la paz, son las propias de la nobleza. La honestidad, la valentía, la moralidad y la dulzura son, en parte, sus cualidades, y ha creado el pueblo bajo para trabajar, para cultivar el suelo, para asegurar por medio del comercio la sustentación permanente de la sociedad”.

Pues bien, en esta concepción del tercer estado permanecieron unidos hasta la Revolución francesa la burguesía y el proletariado. De ahí que sólo se reconozca al tercer estado algunas virtudes de esclavos, comparadas con las cualidades de la nobleza. “En cuanto al tercer estado, que completa el reino, es éste el estamento de las “buenas ciudades”, de los mercaderes y los menestrales, sobre los cuales no conviene hacer una exposición tan extensa como de los otros estados, porque apenas es capaz de encarnar las elevadas cualidades, dada su condición servil”. “Su virtud estriba en la humildad y la laboriosidad, en la fidelidad al rey y la solicitud por tener satisfechos a sus señores”.

A pesar de este menosprecio del tercer estado, hay en el mismo ideal caballeresco y en el cultivo de las virtudes y el cumplimiento de la misión adjudicados a la nobleza un doble elemento menos soberbio de desdén aristocrático por el pueblo. Paralelamente al odio y desprecio de que se hace objeto al villano, fluye en la Edad Media una corriente de compasión por el pobre pueblo que lo pasa tan mal. Pues el fundamento de la ideología medieval es que “ la nobleza está llamada a proteger y purificar el mundo mediante el cumplimiento del ideal caballeresco”. “Se ha instituido el muy

noble y muy distinguido estado de la nobleza para proteger y defender al pueblo, que es ordinariamente el más castigado por la plaga de la guerra y para devolverle su tranquilidad”. También está implícita en el ideal caballeresco la idea de que la verdadera nobleza sólo descansa en la virtud y de que en el fondo todos los hombres son iguales.

Pero, ¿como se compadecen estos ideales caballerescos con el pensamiento, la actitud y el comportamiento de los caballeros y la nobleza en general?, lo diremos de un manera muy sencilla: el punto central de esta idea estaba en la cercana igualdad ante la muerte y no en una inasequible igualdad en la vida⁴³.

Todo lo anterior tiene un crudo contrapunto en el diálogo entre un caballero muy curtido y una joven dama atribulada, personajes de la crónica de G. Martín:

-“¿Para que crees que sirven los caballeros? Tu piensas que todo es recibir prendas de las damas y quedar guapo con una armadura chapada en oro. Pero no, los caballeros solo sirven para matar...” y prosigue, “...los enemigos no son mas que carne y yo soy el carnicero...”

-“Los verdaderos caballeros protegen a los débiles”.

-“No hay verdaderos caballeros. El mundo lo rige el acero afilado y los brazos fuertes.”

Había un motivo muy funcional en la vida errante del caballero y que es difícil de ponderar. Konrad de Megenberg inducía a los jóvenes nobles alemanes, si eran pobres, a que fueran a buscar sus salarios en las guerras de Italia y así mantener su posición. Y el heraldo Gelder decía que las guerras de Lombardía eran “la escuela de las armas”⁴⁴. Y esto, si bien era cierto para los alemanes, era una plaga para los italianos. Cuando el gran condottiero inglés sir John Hawkwood, que se encontró una vez a al puerta de Montecchio a dos frailes que le desearon la paz, les respondió: “Permita el Señor llevarse vuestras almas, ¿No sabéis que vivo para la guerra y que la paz sería mi perdición?”⁴⁵.

⁴³ Chastellain, *Le miroir des nobles hommes de France*, VI, pp. 203, 211, 214.

⁴⁴ Chastellain, *Le miroir des nobles hommes de France*, VI, pp. 203, 211, 214.

⁴⁵ Saccheti, F. *Novelle*, Milán 1804-1805, III, pp. 91-93.

ÉTICA y ESTÉTICA

Una de las causas del éxito del ideal caballeresco, es porque en él se unían con el elemento ético tantos elementos estéticos que resultaba comprensible para todos.

Lo que hace de la caballería la forma ideal de vida por excelencia no son las conexiones del ideal caballeresco con la compasión, la justicia y la felicidad, tampoco las raíces que tiene en la belicosidad masculina, lo que lo eleva a ello es el amor de las damas que era el fuego ardiente que prestaba el calor de la vida a aquel complejo de sentimientos e ideas. La necesidad de dar al amor un estilo noble y una noble configuración encuentra en todas las manifestaciones de la vida un ancho campo donde replegarse: en el trato cortés, en los juegos de sociedad, en las diversiones y deportes. También en todo esto se sublima continuamente el amor y se torna romántico. La visión caballeresca del amor no ha aparecido en la literatura, sino en la vida. El motivo del caballero y de la dama amada se daba en las circunstancias reales de la vida.

El caballero y su dama, el héroe por amor es el eterno y principal motivo romántico, que en todas partes surge. Radica en la necesidad de mostrar el valor, exponerse a peligros y acreditar la fuerza de padecer y de dar la sangre, todo por la dama. Y esta heroicidad por el amor plantea inmediatamente la muerte como alternativa, asegurándose por ambas partes la satisfacción.

Pero ¿cuáles son las concepciones masculinas y femeninas del amor?. ¿Es la figura del que sufre por amor la imagen de sí mismo que quiere ver el varón, o es que la mujer quiere que se muestre así?. Probablemente es lo primero. Por lo general, en las representaciones del amor como forma de la cultura se expresa casi exclusivamente la concepción masculina. La visión que del amor tiene la mujer permanece siempre velada y oculta. Falta en la literatura la expresión del amor femenino y no sólo por que la literatura haya sido creada por el hombre, sino también porque para la mujer es mucho menos indispensable lo literario en el amor.

EL ESPÍRITU CABALLERESCO (SS XIV y XV)

El ideal caballeresco está embebido en la ideología de ese grupo que vive en el ámbito de la corte y de la nobleza. Incluso las creencias religiosas se ponen al servicio del ideal caballeresco: el hecho de armas del arcángel san Miguel, fue *la première milice et prouesse chevaleureuse qui oncques fut*

mis en exploit (“la primera proeza y hecho de armas caballeresco que haya tenido nunca lugar”); y el arcángel es el antepasado de la caballería que como *milice terriene et chevalerie humaine* (“milicia terrenal y caballería humana”) es la sucesora terrenal del ejército de los ángeles en el Trono del Señor⁴⁶.

La imagen de la sociedad humana, sostenida por el ideal caballeresco, da al mundo una coloración peculiar que, sin embargo, no acaba de cristalizar. Todos los cronistas franceses de los siglos XIV y XV⁴⁷ empiezan sus obras con enfáticas declaraciones sobre el propósito de ensalzar la virtud caballeresca y los hechos de armas gloriosos, pero ninguno lo logra. Sus obras describen continuas traiciones y crueldades, astutas codicias y violencias, en suma, un ejercicio de armas que se ha convertido totalmente en cuestión de intereses.

Como ideal de una vida bella tiene el ideal caballeresco un carácter peculiar. Por su esencia es un ideal estético, hecho de fantasía multicolor y elevada sentimentalidad. Pero quiere ser un ideal moral, y el pensamiento medieval sólo podía concederle un puesto noble poniéndolo como ideal de vida en relación con la piedad y la virtud. Pero en esta función ética fracasa siempre la caballería, que es arrastrada hacia abajo por su origen pecaminoso, pues el núcleo del ideal sigue siendo la soberbia embellecida. “*La gloria de los príncipes depende del orgullo y de emprender acciones que acarreen un gran peligro; todas las potestades principescas convergen en un único punto al que llamamos orgullo*”⁴⁸. De la soberbia estilizada y sublimada ha nacido el honor, norte de la vida noble. Mientras que en las capas sociales medias e inferiores constituye el interés el resorte más importante, es el orgullo el gran móvil de la aristocracia⁴⁹. Esta cita es la opinión de un autor que tiene una clara inclinación a ver la aristocracia con demasiado buenos ojos. Pero la verdadera historia de la aristocracia nos presenta por todas partes un cuadro en el cual la soberbia se compagina muy bien con el egoísmo más desvergonzado.

⁴⁶ Molinet, I, pp. 16-17.

⁴⁷ Froisart, ed. Luce, I, pp. 2-3; Monstrelet, I, p. 2; D’Escouchy, I, p. 1; Chastellaine, I, prólogo; II, p. 116; La Marche, I, p. 187; Molinet, I, p. 17; II, p. 54.

⁴⁸ Chastellain, V, p. 443.

⁴⁹ Taine, Hippolyte Adolphe, *Les origines de la France contemporaine. La révolution*, I, p. 190.

No en vano tratadistas como Diego de Valera muestran un raro pesimismo sobre la caballería: “Ya son mudados por la mayor parte aquellos propósitos, con los cuales la cavallería fue comenzada: estonce se buscaba en el cavallero sola virtud, agora es buscada cavallería para no pechar; estonce a fin de honrar esta orden, agora para robar el su nombre; estonce para defender la república, agora para señorearla; estonce la orden los virtuosos buscavan, agora los viles buscan a ella por aprovecharse de solo su nonbre, Ya las costunbres de cavallería en robo e tiranía son reformadas; ya no curamos quánto virtuoso sea el cavallero, mas quánto abundoso sea de riquezas; ya su cuidado que ser solía en conplir grandes cosas es convertido en pura avaricia; ya no envergüençan de ser mercadores e usar de oficios aun más desonestos, antes piensan aquestas cosas poder convenirse; sus pensamientos que ser solían en sólo el bien público, con grant deseo de allegar riquezas por mares e tierras son esparzidos, ¿ Qué diré ? En tanta contrariedad son nuestras cosas a las primeras que remenbrarlo me fase vergüença”⁵⁰.

LAS ÓRDENES DE CABALLERÍA

El gran sueño de la vida ideal tomado como un sueño de nobleza de ánimo y de fidelidad no dispone tan sólo del torneo. Tiene una segunda manifestación, no menos importante: las órdenes militares⁵¹. Las raíces de las órdenes militares, como las del torneo y las de la misma ceremonia de armarse caballero, se remontan a los rituales usados en el pasado. El espaldarazo es un rito de pubertad. El neófito, en la noche previa a la ceremonia, se desnuda y lava su cuerpo, como se lava el cuerpo de los recién nacidos y de los muertos, ha muerto y va a volver a nacer a la verdadera vida, la del caballero. Este es un rito de paso modificado ética y socialmente, en el que se han perdido los componentes totémicos que se vislumbran apenas; es la entrega de las armas a



⁵⁰ Diego de Valera. *Espejo de verdadera nobleza*. (1441). Biblioteca de Autores Españoles. Prosistas castellanos del Siglo XV (I). Edición y estudio preliminar de Mario Penna. Madrid, Atlas, 1959, p. 107^a.

⁵¹ Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1987, p. 113.

los jóvenes guerreros⁵². El torneo como tal es muy antiguo y antaño lleno de significación religiosa. Las órdenes militares no pueden separarse de las sociedades de varones, que existen en los pueblos en estado natural. No se trata de confirmar una tesis etnológica, sino de poner en evidencia el valor ideológico de la caballería, en la plenitud de sus evoluciones. Es innegable que en este valor quedan aún elementos primitivos.

Las primeras órdenes militares, las tres grandes órdenes de Tierra Santa y las tres órdenes españolas, eran la encarnación del espíritu medieval, una unión del ideal monástico con el caballeresco, nacida en aquel tiempo de lucha contra el Islám. Estas órdenes fueron desarrollándose, hasta convertirse en grandes instituciones políticas y económicas con un enorme poder financiero. Mientras que el Temple y los sanjuanistas actuaban en Tierra Santa, eran organizaciones de clase, poseedoras de una gran importancia.

Pero en los siglos XIV y XV, las últimas órdenes militares habían llevado a primer término el elemento de juego noble, que estaba encerrado en su médula desde los primeros tiempos⁵³. No quiero decir que se hubiesen convertido en un mero juego. En sus fines seguían predominando elevadas aspiraciones morales y políticas, pero estas se habían convertido en sueños e ilusiones, en una vana forja de planes.

La palabra *ordre* era polisémica y abarcaba desde la santidad hasta la más llana camaradería; significaba tanto *estado* como el sacramento del Orden y las órdenes monásticas y militares. Pudiera ser que el ejemplo de las ordenes cruzadas españolas, Santiago, Alcántara y Calatrava, especialmente la primera de ellas, pudiera haber inspirado la fundación de la

⁵² Frazee, Sir J. G., *La rama dorada. Magia y Religión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944. Sobre los rituales de paso véase XLVII, 4, El ritual de muerte y resurrección, pp. 775-785.

⁵³ La mas antigua de las órdenes seculares de caballería fue la Orden de la Banda, fundada por Alfonso XI de Castilla alrededor de 1330. La siguiente fue la Orden de la Jarretera, fundada por Eduardo III, en 1348, le siguió la Orden de la Estrella, fundada en 1351 por el rey Juan de Francia. La Orden del Lazo (1352) fue creada por Luis de Nápoles; la Orden de la Hebilla de Oro (1355), por el emperador Carlos IV; la Orden de la Espada (1359), por el rey de Chipre, y la Orden del Collar (1363), por el conde de Saboya. En el siglo siguiente, las más famosas fueron la Orden del Dragón (1453), del emperador Segismundo; la Orden del Toisón de Oro (1431), de Felipe el Bueno; la Orden del Cisne (1444), del duque Alberto Aquiles de Brandenberg; la Orden del Creciente (Croissant) (1448), de René de Anjou, y la Orden de San Miguel (1469), de Luis XI de Francia. Para más información sobre órdenes seculares: Keen, M. *La Caballería. La vida caballeresca en la Edad Media*. Ed. Ariel, Barcelona 2010, c. X.

Orden de la Banda del rey Alfonso XI, y esta institución haber impulsado a Eduardo III a fundar la de la Jarretera, sin embargo parece probable que las sociedades que participaban en los torneos estén más cerca de ofrecernos el modelo de las órdenes seculares. La orden de la Banda tenía incorporados en sus estatutos bastantes de los elementos específicos de una sociedad que participaba en torneos⁵⁴. Ahora bien, la religiosidad medieval está presente en todos los ámbitos de la sociedad y las Órdenes militares no eran ajenas a ello. La Orden del Toison de Oro es llamada muchas veces *une religion*⁵⁵, y en todo el ritual de la orden ocupan un lugar preponderante el coro y la misa.

La pertenencia a una orden militar se consideraba como un fuerte lazo sagrado y los caballeros pertenecientes a alguna de ellas solían estar sometidos a renunciar a la pertenencia a otras. La costumbre inglesa de no participar en órdenes extranjeras no es más que una supervivencia de la idea de que la orden obliga a ser fiel al príncipe que la otorga.

A pesar de este aire de religiosidad, en los círculos cortesanos de los siglos XV y XVI las elevadas normas de las nuevas órdenes militares eran consideradas como una vana apariencia, una pura retórica⁵⁶.

EL OCASO DEL IDEAL CABALLERESCO

Aquella pompa caballeresca, aquella moda y todo aquel ceremonial es ya una vana ilusión. Es un juego tan bello como engañoso. Los hombres que hacían la historia no eran soñadores sino políticos y comerciantes muy fríos y calculadores, ya fueran príncipes, nobles, prelados o burgueses. Sin embargo, es posible que el ideal caballeresco –tan artificioso como era y tan desgastado como estaba- haya ejercido siempre sobre la historia puramente política de la última Edad Media una influencia más poderosa de lo que nos figuramos generalmente. De hecho la política y la guerra se dejaron influenciar por las ideas caballeresca, si no en sus excelencias, en sus yerros. Error mayúsculo fue la fundación, por esas ideas caballerescas, del ducado de Borgoña. Otros gravísimos errores fueron las cruzadas, la liberación de Jerusalén, etc.

⁵⁴ Vale, J. *Eduardo III y la caballería*. Boydel, 1983.

⁵⁵ Chastellain, *Le miroir des nobles hommes de France*, II, pp. 233.

⁵⁶ Fillastre, Guillaume, *Le songe de la thoisson d'or*, *Collection de poésies, romans, chronique, etc., des XV^e et XVI^e siècles*.

Una forma singular de ficción caballerescas con el fin de reclamo político era el duelo entre príncipes, siempre anunciado y nunca realizado como el reto hecho al rey Enrique IV de Inglaterra por Luis de Orleans. El de Felipe el Bueno a Humfredo de Gloucester en 1425. Famoso fue, también, el de Francisco Gonzaga retando a Cesar Borgia a singular combate. La intervención del rey de Francia, Luis XII, evita el duelo, y el caso concluye con una reconciliación. Y los de Carlos V a Francisco I, el primero, cuando Francisco vuelto de su cautiverio como prisionero de guerra, rompió su palabra en opinión del emperador; y otra vez en 1536⁵⁷.

Pero donde resalta más el conflicto entre el espíritu caballeresco y la realidad es en los casos en que el ideal caballeresco trata de hacerse valer en medio de una verdadera guerra⁵⁸. Ahí su efecto era realmente pernicioso, pues sacrificaba las exigencias de la estrategia a las de la belleza de la vida. No siempre era así. Los suizos habitualmente no hacían prisioneros y tampoco daban cuartel los soldados de las ciudades flamencas. Enrique V, en el fragor de la batalla de Azincourt (1415), ordenó se ejecutaran a todos los prisioneros franceses, excepto a los más importantes y en Aljubarrota en 1385, los portugueses mataron a sus prisioneros castellanos, bajo las órdenes del rey Juan I de Portugal⁵⁹.

La estrategia de la batalla en esta época es muy simple. La caballería, protegida de pies a cabeza, se lanza en masa contra sus rivales en la batalla; si la infantería osa aventurarse en campo abierto, el peso y empuje de los caballos hunde sus filas y la ventajosa posición del caballero le permite descabezar y masacrar infantes a placer. Nada parece alterar el orden hasta que en 1346 y 1415 los arqueros ingleses, protegidos por la infantería, derrotan totalmente a la caballería feudal francesa en Crecy y Azincourt. Finalmente, el declive de la caballería pesada feudal se acelera con el desarrollo en Suiza de una nueva táctica de combate en el siglo

XV: la infantería suiza avanza en cuadros apretados erizados de picas de



⁵⁷ *Papiers de Granvelle*, I, págs. 360 y ss.

⁵⁸ Enrique de Trastámara quiere a toda costa batirse con el enemigo en campo abierto. Para ello renuncia a la posición ventajosa que ocupaba y pierde la batalla de Nájera (1367).

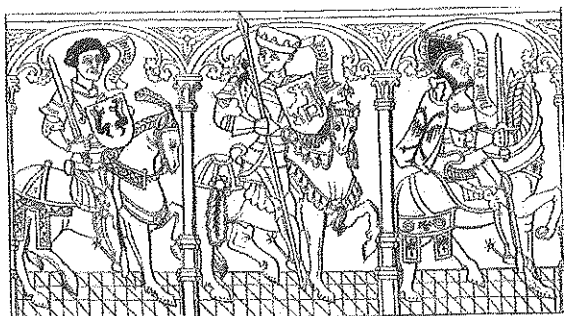
⁵⁹ Wylie, J. H. Y Waugh, W. T., *The Reig of Henry V*, Cambridge 1914-1925. *Euvres de Froissart*, ed. De K. De Lettenhove, XI, pp. 179-181.

más de 6 metros, de las cuales salen filas de ballesteros y arqueros que diezman las filas enemigas, para resguardarse nuevamente en el cuadro. Rápidamente los mercenarios suizos son contratados por los reyes europeos y su idea imitada y mejorada da lugar al tercio español, que durante dos siglos sería el amo del campo de batalla en Europa.

La noble carrera militar tenía su aspecto financiero, que era confesado con frecuencia muy sinceramente. Cada página de la historia de la última Edad Media nos da a entender lo mucho que importaban los prisioneros de prestigio, por el interés del rescate⁶⁰. Pero además de las ventajas directas de la guerra, representa también un gran papel en la vida de los caballeros las pensiones y las rentas y los cargos de gobernador.

La sicología del espíritu guerrero no tiene ya nada que ver con el ideal caballeresco en sí. Reproduce el fondo sentimental del puro espíritu guerrero: la trémula salida del estrecho egoísmo a la excitación del peligro de muerte, la honda emoción por la valentía del camarada, la alegría de la lealtad y de la abnegación. Esta primitiva excitación ascética es la base sobre la cual se construyó con el ideal caballeresco una noble fantasía de perfección viril, una esforzada aspiración a una vida ideal, enérgico motor de una serie de siglos... y también la máscara tras la cual podía ocultarse un mundo de codicia y de violencia.

Sí, la farsa y la tramoya domina aquel viejo ideal caballeresco. Y sin embargo...



⁶⁰ Bossuat, A. *La rançon de Guillaume de Chaetauvillain*, *Anales de Bourgogne* (1951) y *La rançon de Jean, Seigneur de Redemack*, *Annales de l'Est* (1951). El elevado rescate que se suponía que un noble debía pagar podía ser la ruina para su familia, pues esta se veía obligada a pedir prestado más allá de sus medios o a vender sus propiedades.